

EL patrón oro ha muerto; pero muerto y todo, ganará todavía batallas, que serán otras tantas derrotas para el buen orden de la economía mundial.

Ingleses y angloamericanos, conscientes de que no es posible restaurar el patrón oro en su forma clásica, pretenden hacer una nueva edición de él, en que a la acción ciega del oro se sustituya la intervención deliberada un órgano internacional. Con ello se perdería la principal ventaja que, en medio de sus inconvenientes, se le puede reconocer al viejo sistema: su automatismo. En lugar de ese automatismo, surge un cóncilium representativo de ideas e intereses encontrados, con todas las desconfianzas, los recelos, las intrigas que se agitan alrededor de toda institución de ese tipo, y más si maneja asuntos tan directamente relacionados con los intereses materiales particulares de todos y cada uno de los participantes, y en torno de la cual se pueden agitar intereses privados menos respetables.

La idea que, al parecer preside la reforma, es la de con-

El plan americano es más inflexible. No admite normalmente reajustes de paridades. Entonces, ¿qué es lo que sirve de elemento regulador? Si no se obliga a los miembros del organismo a tener un patrón oro formal en el interior, de modo que sus precios se ajusten a los cambios fijos en circunstancias variables, ¿cómo se corregirán los desniveles pertinaces de los balances de pagos? ¿Habrá de seguir indefinidamente la liquidación de valores extranjeros, la desnacionalización de los nacionales que encuentren compradores en el extranjero y el endeudamiento de unos países en favor de otros?

Los movimientos de oro no son ya un regulador eficaz, como la experiencia ha demostrado, una experiencia que tiene una explicación racional. Pero, sin algo que los reemplace, no hay regulación posible. El plan americano sugiere muchas dudas en cuanto a su eficacia. Implantado que fuera, los crecientes desequilibrios que se observarían en los pagos llevarían obligadamente al órgano interventor a ingerencias en la política interior de crédito y moneda de los países más débiles financiera y económicamente, ingerencias s'empre vejatorias por mucho que se las disfrazase con capa de aconsejamiento técnico, que, de no ser seguidos, comportarían represalias de los países acreedores y de mayor potencialidad.

Sólo imponiendo tales restricciones, o, en su caso, expansiones en el mecanismo de circulación y crédito, se tendría el equivalente de las contracciones y dilataciones que antiguamente operaba el mecanismo automático del patrón oro clásico. Lo cual uniría, a los inconvenientes de ese sistema,

los que resultan de la limitación de soberanía de los países asociados para regir sus respectivas economías.

Ineluctablemente se plantea el dilema de cambios fijos y precios interiores sometidos a la reacción propia de los desequilibrios resultantes de esos cambios fijos, o cambios variables y precios interiores tan sólo sometidos a oscilar por causas autóctonas. Si se logra realizar el primer término del dilema, se tendrán todos los inconvenientes de patrón oro, acrecidos y no atenuados. Si no se logra, vale más dejar los cambios en libertad de que se fijen por sí mismos y fluctúen al compás de las circunstancias, que intentar una regulación artificial, imposible de llevar a cabo con la exactitud que lo hace el libre juego del mercado.

Decía al principio que el patrón oro, no obstante haber muerto nominalmente, causará todavía muchas víctimas. Quería significar con esto que, aunque haya acabado pro forma, de él nos quedará todavía por mucho tiempo el prejuicio de que no se puede vivir sin cambios fijos. Para numerosos economistas extranjeros y nacionales semeja imposible todo comercio y toda relación económica internacional sin el parámetro de un cambio estable. Para nosotros los españoles no debiera existir ese prejuicio, porque tenemos la experiencia de que así hemos vivido mucho tiempo, ¡y ojalá siempre como entonces!

Son buenos los cambios fijos, ¿qué duda cabe! Mas, ¿cómo fijarlos si no se han fijado previamente los factores de los cuales dependen? Primeramente estabilicemos las economías, y, cuando lo hayamos logrado, los cambios resultarán estables ipso facto, aunque sean libres y no estén sujetos a ningún patrón.

Los problemas del cambio internacional

LOS PLANES MONETARIOS ANGLLO-SAJONES

FONDO DOCUMENTAL

Jeanine Z...

Por GERMAN BERNACER

siderar que el mal consiste en la acción inmediata y directa del oro, que es el medio de mantener estables los cambios en el viejo sistema, y no en el mantenimiento mismo de esa estabilidad, que constituye su esencia. Y, a mi modesto entender, lo que ocurre es que no hay posibilidad de mantener cambios invariables siendo variables las circunstancias que determinan las relaciones de cambio. Si se lograra fijarlos, cualquiera que fuese el método utilizado, los inconvenientes del sistema se harían igualmente patentes. Y a ellos se agregarían todas las desventajas que comportan los métodos artificiosos de regulación.

El plan inglés semeja más convicto de la inconveniencia, o siquiera de la imposibilidad, de mantener cambios fijos, y se esfuerza en independizarlos de las variaciones propias del oro. Pero entonces el oro no constituye más que un estorbo que complicará las cosas, porque, además de las variaciones de equivalencia de cada moneda con el oro, habrá que regular constantemente la del oro con la unidad internacional, de modo que se compensen las alteraciones que tienda a introducir en el nivel de precios la variedad de valor del oro. El sistema inglés recuerda la teoría del dólar compensado de Fisher.

Parece que Keynes se propone mantener fijos los cambios sólo y cuando los desequilibrios de los balances de pagos sean de un tipo circunstancial, de suerte que resulten susceptibles de compensarse dentro de un período prudencial; y ésta sería la misión del órgano interventor. Los desequilibrios más permanentes se reajustarían mediante una alteración de las paridades vigentes.

Lo que falta en tales casos es el criterio de diferenciación de unos y otros desequilibrios. Probablemente el único criterio será la persistencia o pertinacia, lo cual dará lugar a intervenciones esporádicas que determinarán, en vez de variaciones graduales, alteraciones por saltos, lo que económicamente es peor.